



Arcos de Semana Santa en Sololá

(2008):

lo simbólico, lo sagrado, lo profano

LUIS VILLAR ANLEU*



PRESENTACIÓN

En ocasión de bosquejar, por la Pascua de Resurrección de 2008, un perfil de tradiciones y costumbres vinculadas a su conmemoración en Guatemala, expuse¹² algunos rasgos de comportamiento social que caracteriza a su gente en el ámbito de la religiosidad popular, manifestada en Semana Santa con gran devoción y entrega. Señalé cuatro iconos transitorios, a través de los que la comunidad católica concentra su fe y devoto recogimiento por la vida, pasión, muerte y resurrección de Cristo, y propuse que, vistos en el entorno de la cultura material, adquieren calidad de arte popular, aunque de carácter efímero. Añadí que a ellos se agrega un conjunto

* Profesor Titular Universidad de San Carlos. Investigador del Centro de Datos para la Conservación. Catedrático, Área de Arqueología, Escuela de Historia. Colaborador CEFOL. Dirección electrónica: luzvillar@hotmail.com

de poderosos simbolismos evocados por los elementos con los que se construyen. Estos iconos son los Huertos, Alfombras, Pasos y Arcos.

Sin duda, para este ensayo no es necesario entrar en mucho detalle de los primeros tres, ya que constituyen expresiones culturales conocidas y apropiadas por los católicos guatemaltecos y por extensión tradicional al resto del pueblo. Menos lo son los Arcos, que constituyen el tema central del trabajo. En el plano simbólico, los cuatro son parte importante de los eslabones que el hombre establece entre lo sagrado y lo profano, de hechos sociales realizados por creyentes para buscar su acercamiento a Dios mediante la construcción de vínculos que lo elevan y bendicen, aprovechando para ello elementos seleccionados y tomados de su ambiente natural.

En esencia, los Huertos de Semana Santa son altares temporales que se elaboran en el interior de los templos. Se construyen con motivo de velaciones tradicionales, en las grandes ciudades, tal el caso de La Antigua Guatemala y cada vez más en la Nueva Guatemala de la Asunción. Una variante sencilla son los pequeños adoratorios, que en especial en los pueblos alternan con los Huertos. Comúnmente éstos constan de una alfombra, que puede ser de abundante pino regado, muchas flores, profusión de frutos, a veces verduras y legumbres (San Bartolomé Becerra, en Antigua, es muy rica en éstas), hojas de pacaya, macetitas con plántulas de trigo o avena, muchas velas encendidas y las infaltables sacrosantas volutas de incienso, pom, estoraque, copal, bálsamo o mirra.

Los Pasos son pequeños altares organizados al frente de casas de devotos, ante los cuales se detienen los cortejos procesionales del Vía Crucis para los rezos de rigor. Integran los mismos elementos de los Huertos pero, por razones obvias, en cantidades significativamente menores y en espacios exteriores reducidos. Delante del Paso se confecciona una pequeña alfombra, casi siempre de flores y pino.

No me detendré en las Alfombras por no desviar la atención al argumento medular, aunque muchas veces se asocian estrechamente a los Arcos. Y ambos son parte de los iconos que llenan de vida espiritual la gloriosa tradición de Semana Santa y Cuaresma en Guatemala. No puede dejar de decirse que las Alfombras, infaltables, son muestra suprema de sublime exquisitez del arte popular temporal en la Nueva Guatemala, La Antigua Guatemala y Quetzaltenango, pese a que no faltan en otras comunidades. Pero por más chicas que sean, con los materiales más sencillos que se elaboren, en los pueblos más pequeños que haya, son parte de esa búsqueda de la esfera divina desde la dimensión terrena. Expresión de un centenario sincretismo que sacraliza bienes de la Naturaleza para engrandecer tradiciones católicas populares.

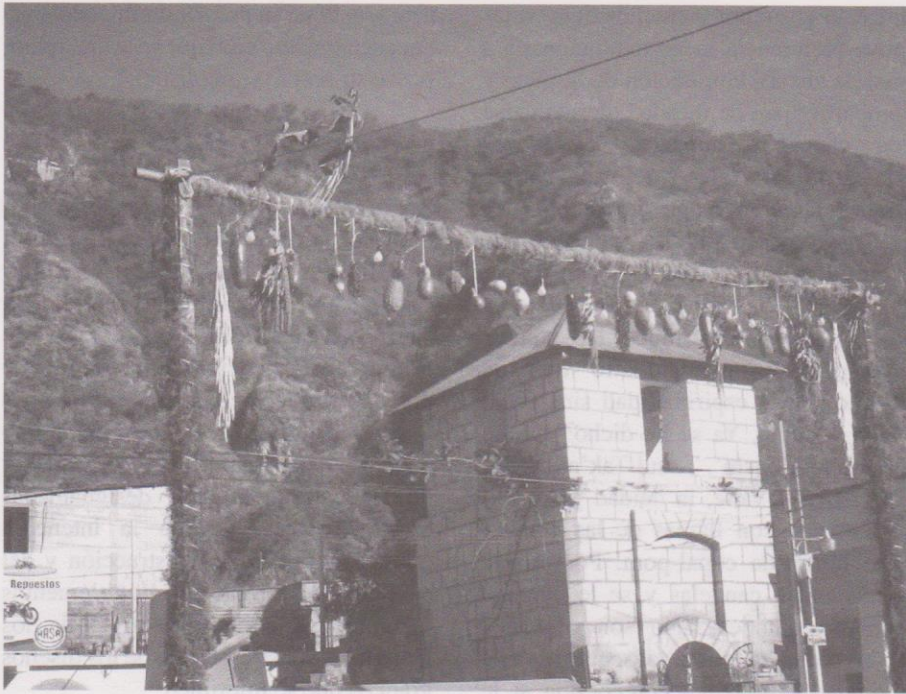
Los Arcos son creaciones que han ido perdiendo preferencia. No obstante, acarrean una carga simbólica de potencia apenas imaginable. En pocos lugares se mantiene la tradición de erigirlos. Uno de ellos es el departamento de Sololá, en donde con gran regularidad se edifican en las vías procesionales de algunos

pueblos. La materia para este ensayo brota justamente de tres de éstos: San Andrés Semetabaj, San Antonio Palopó y Panajachel.

CONTEXTO SOCIO-ESPIRITUAL

De la manera en que se hace, recordar pasajes históricos de la vida de Jesucristo se constituye en uno de los sucesos más importantes y significativos en la esencia espiritual de los guatemaltecos católicos. La manifestación, de gran significación social, cultural y valorativa, posee formas y estilos fijados por leyes no escritas, pertenecientes al imaginario colectivo, que lograron la transformación de los ritos foráneos llegados con la invasión europea y el nacimiento de formas auténticas (sincretizadas) que responden a necesidades individuales de ofrendar por creencias arraigadas y profundas.

Así surgieron esas maneras tan singulares y propias de construir y adornar los iconos cuaresmales, se alcanzó la exaltación y enaltecimiento de ciertas comidas populares de la época, se afianzaron credos, creencias, supersticiones, costumbres y hechos del saber y de la oralidad populares, la cultura material encontró ricas vías expresivas y surgió ese espléndido arte popular transitorio, perecedero, que a veces dura sólo fracciones del tiempo que tomó crearlo. Pero es el universo de símbolos que vincula lo popular con lo sagrado, que establece un mensaje de códigos propios que no sólo cohesionan y le da identidad a la comunidad católica sino que eleva al creyente a las esferas sacras.



El Arco de D. Bernardo Raxtún en el atrio de la iglesia de Panajachel. Parales con ramilla de ciprés, travesaño con paxte y las ofrendas de frutos y flores. Foto L. Villar Anleu, 2008.

Es necesario volver los ojos a la segunda mitad del siglo XVI para buscar el origen de la riqueza expresiva de Semana Santa en Guatemala. Y aceptar que la nueva doctrina cristiana venida de Europa habría de resultar enriquecida, al paso del tiempo, de su combinación con hechos socio-culturales propios de la cosmovisión de los pueblos mesoamericanos. En tanto se forjaba la esperada aculturación, es decir, ese cambio que haría transformarse profundamente las culturas nativas y la invasora, y en consecuencia se llegaba a alguna fusión entre americanos y europeos, el sincretismo en la dimensión espiritual lograría ver hacia lo sagrado a partir de una amalgama de expresiones

del mundo profano manifestadas de distintas maneras.

En los Arcos de Semana Santa la comida es un elemento de elevado simbolismo. De ahí que, siguiendo el argumento precedente, resulte apropiado fijarnos en nuestra propia cocina. Entonces, empiezo por reiterar lo que de todos es conocido: que la gastronomía sincretizada de la época nos regala aromas, sabores, colores y protocolos de identidad muy guatemalteca. Porque la cocina nacional cuaresmal fusionó elementos autóctonos con los venidos junto al modo de ser español. De esa cuenta surgieron platillos tales como el pescado seco preparado a la usanza guatemalteca, los garbanzos en

dulce, el gusto por la miel de doncellitas (cuya preferencia luego evolucionaría a miel de abeja), la tradición de hornear y compartir “pan de recado”, desayunarse con chocolate humeante el Jueves Santo, degustar chiles rellenos porque ahora adquieren rango de sacralizados y disfrutar espléndidas muestras de encurtidos.

Si mi juicio no es erróneo, las culturas prehispánicas empujan otro tipo de “comida” a la espiritualidad sincrética: fuego y humo. Ya se ha dicho⁷ que en el mundo q’eqchi’, Tzuul Tak’a’, Señor Cerro Señor Valle, la deidad principal, se alimenta con llamas de las velas y bebe humo de copal-pom. Por eso se le encienden velas y se le queman resinas aromáticas. No son ofrendas, se les concibe como obsequios. A la divinidad se le agrada con comida, se le comparte la comida que disponen para ella los habitantes del mundo. Cuántas velas, cuántas resinas aromáticas no se le queman durante las ceremonias cuaresmales, cuántos venerables árboles de la flora silvestre no ceden sus exudados a las nobles manos que los buscan y dispensan.

En tal contexto, aquellos cuatro iconos momentáneos (Huertos, Pasos, Alfombras y Arcos), como un conjunto de expresiones de fe e inconsciente rogativo de bendiciones, expuesto en ricas muestras de arte popular tradicional fugaz, forman un vínculo entre lo sagrado y lo profano, logran que el creyente se acerque a Dios construyendo, con productos de la tierra, relaciones que lo elevan y bendicen. Y cada una de las materias primas de origen natural en

este arte tiene su propio significado en el encadenamiento en el que se le incorpora, posee su propio simbolismo.

LOS ARCOS

Los arcos festivos, composiciones que no necesariamente satisfacen el requisito geométrico de constituir “segmentos de la circunferencia”, han sido elaboradas por el hombre desde la antigüedad, en forma independiente por distintas colectividades en tiempos y espacios diferentes. Sea con ánimo festivo popular, espiritual o con carácter de “arco triunfal”, las desigualdades mostradas dependen de la intención que ha motivado su construcción y del simbolismo acarreado por los elementos incorporados a ellos, se trate de los materiales constructivos o de los diseños gráficos que se imprimen.

Su uso en Guatemala como ofrecimiento volitivo a festejos mágico-religiosos o para halago de personalidades, parece ser muy antiguo. Si bien ya quedó planteado que es a partir de la segunda mitad del siglo XVI cuando surge con verdadera fuerza la riqueza expresiva de Semana Santa en el país, y probablemente el inicio de la construcción de los Arcos relacionados a ella, los arcos profanos se usaron antes. Una de las referencias más antiguas conocida es la del historiador de la evangelización local, fray Antonio de Remesal (Historia General de las Indias Occidentales; Libro 3, Cap. XV), según ha sido citado por don Agustín Estrada Monroy⁸ en esta transcripción: “Pero cuando llegó a la tierra del Cacique fueron grandes las fiestas que le hicieron de enramadas y *arcos triunfales...*”



Poco antes del momento espiritual cumbre en la existencia de los Arcos: el Santo Entierro a punto de pasarlo, con una sobria alfombra asociada al ritual. En Panajachel. Foto L. Villar Anleu, 2008.

El suceso referido ocurrió entre mediados de julio y postrimerías de septiembre del año 1537, con motivo de la llegada al Señorío de Sacapulas de fray Pedro de Angulo, en compañía de fray Juan de Torres, primeros españoles misioneros que así principiaban el acercamiento a los vecinos territorios q'eqchi'es para forzar su conquista por medio de "la evangelización", sutil método de invasión a través de la negación y satanización de los valores mágico-religiosos en la cosmogonía nativa. (Dice Estrada Monroy⁸: "... en dicho lugar -Sacapulas- era la morada del principal cacique de las 24 casas grandes de El Quiché y desde allí dominaba la región sur y poniente del señorío de los k'ekchís").

La cita a Remesal recogida por Estrada Monroy, aunque tomada con un grano de sal debido a las maneras tan *sui generis* de aquel para saber de acontecimientos y narrarlos a conveniencia, sitúa el uso de arcos dentro del imaginario y costumbres prehispánicas. Debe tenerse en cuenta que los frailes Angulo y Torres eran, allí, pioneros abriendo brecha, misioneros que marcarían desde ese momento y lugar el punto de partida de la incorporación del culto cristiano a la cosmovisión q'eqchi'. Vista la presencia de arcos en el pueblo k'iche' (Sacapulas), su uso contemporáneo puede asumirse como un elemento de aporte prehispánico al sincretismo religioso actual.

Aun con grandes variaciones estructurales, se puede detallar un prototipo de Arco cuaresmal diciendo que son armaduras en U invertida, de dos parales verticales fijados en tierra que sostienen un travesano horizontal

superior. Sus dimensiones, a lo ancho, se ajustan al espacio disponible, o al largo de las reglas con que se van a construir (asunto de gran trascendencia, ya lo diremos). El alto lo define primariamente la altura del anda que ha de pasar debajo, pero, como ocurre con los parales, también el largo de la madera útil. Una vez erigida la armazón, se forra y se adorna profusamente con productos vegetales.

Puesto que la mayor parte de Arcos se levanta en las calles por donde circularán las procesiones, y habida cuenta que la mayoría de calles en los pueblos son estrechas, los Arcos también lo son. Pero, ya que parte de la tradición dicta que un mismo constructor levante el propio en el mismo lugar todos los años, la longitud de sus parales suele estar predeterminada desde hace mucho. Resulta así que las dimensiones no solo se ajustan a las de las andas, también a las necesidades del tránsito vehicular local (al menos deben permitir el paso fácil de autobuses y camiones) y a la longitud de los materiales que han sido conservados para tal fin.

La descripción más precisa de un Arco es la de uno de los custodios de la tradición, don Bernardo Raxtún (n. 20.08.1947, panajachelense de nacimiento, mi informante en Panajachel, entrevista del 22.03.2008, Sábado de Gloria) para quien un Arco es, en sus propias palabras y con la sencillez que encierra su fundamento filosófico, "la ofrenda que se le da al Señor. Porque es un recuerdo del homenaje que se le hizo al Señor cuando entró al pueblo de Jerusalén". Palabras textuales de un constructor tradicional.

Así pues: se erigen para que los cortejos procesionales pasen debajo de ellos. Es abrir para Jesús una puerta digna de Él, por la que ha de pasar en gloria y majestad. Para glorificar el momento de su arribo a Jerusalén. Y la recompensa para quienes los construyen es recibir las bendiciones del Santísimo, para él y para su familia, vivir en gracia con la divinidad, hacer una alianza sagrada con el elevado mundo espiritual.

Porque, con variantes de límites muy difusos, los Arcos de Semana Santa, como las Alfombras y Pasos, constituyen honras personales o familiares y no representan tributos corporativos. Sólo en contadas ocasiones pertenecen a cofradías o a hermandades, y aún aquí es fácil percibir la existencia de motivaciones individuales en el seno de una cofradía o de una hermandad para llevarla a hacerse responsable del montaje de algún Arco. Todos los entrevistados en Sololá reconocen que su construcción responde al mantenimiento de una tradición familiar: porque los padres, los abuelos o los suegros lo hacían, ellos también lo hacen.

Es común que miembros individuales del grupo familiar vayan integrándose al hecho religioso. De manera voluntaria, copiando-forjando la tradición, sin que nadie les obligue a ello. El caso de Francisco “Pancho” Rivera, en Panajachel (entrevista *in situ* del 21.03.2008, Viernes Santo), es ilustrativo del caso: “la costumbre” la heredó de su padre y ahora la mantiene, junto a su hermano Juan, y las familias inmediatas de ambos. Ellos construyen dos Arcos, frente a la casa del primero porque es

la que se ubica sobre la vía procesional. Esta sentencia suya agrega ese rico elemento al ciclo: “tenemos que seguir haciéndolo para recordar ‘al viejo’, porque él siempre hacía su Arco... y yo espero que mis hijos también sigan como hacemos con mi hermano.”

De seis que se erigieron en 2008 en Panajachel, sólo uno fue corporativo, el de la Hermandad del Señor Sepultado. Se levantó en el punto más cercano al templo, en el atrio. Allí había dos, el de la Hermandad y el de don Bernardo. La cercanía al templo marcaba una primacía, un lugar de honor, y además sería el primero debajo del cual habría de pasar el cortejo procesional del Santo Entierro.

El costo total de un Arco, que es de unos Q800.00 promedio en la actualidad (los de San Andrés pueden subir al doble o más, y los de San Antonio a casi la mitad o aún menos) corre a cargo del “dueño”. Algunas veces se dispone de donaciones de amigos o de familiares, pero casi nunca en dinero sino en frutas, flores, otros elementos o mano de obra. El costo es determinado por el precio de los abastos que se usan en el decorado-ofrenda, y muy poco por el de reglas u otros materiales de la estructura. La respuesta a esta peculiaridad se desprende de lo narrado por don B. Raxtún, que resulta bastante generalizado entre los constructores de Arcos. Dice don Bernardo:

“Yo empecé a hacer Arcos desde hace unos 17 años (estamos en 2008). Don Eligio Matzar me motivó cuando don Augusto Estacuy era alcalde. De eso hace como 25 años. Me dijo que le

pidiera madera vieja de la que estaban cambiando en la municipalidad, y un tubo grueso. Y el señor alcalde me lo dio, todo lo que le pedí. Con eso hice mi primer Arco. Ya después la fui guardando. Ya ahora son reliquia. Porque los palos de los Arcos se van haciendo reliquia por el uso para Jesús y por el tiempo que va pasando. Esos mismos palos son los que sigo usando ahora. Por eso es que mi Arco siempre tiene el mismo tamaño, porque son reliquia. Como son reliquia, cada vez que desarmo mi Arco lo hago con mucho cuidado, y los palos los envuelvo bien y los guardo para el otro año. Le pido posada a la señora Mery porque la casa de ella es grande y allí me los cuidan bien.”

Hablé de un prototipo de Arco, porque en la realidad hay grandes diferencias entre ellos. Desde los más primitivos y sencillos en San Antonio hasta los más elaborados y complejos en San Andrés. Una variante de actualidad es que hasta han llegado a ser elementos puramente decorativos en el contexto de la festividad religiosa, sin función de Puerta Triunfal; en este caso suelen adosarse a las casas de los dueños. Lo importante es que ni aún así pierden la motivación mística.

En San Antonio, un Arco muy primitivo constaba de dos grandes hojas de palmera de coco, cuya curvatura natural, hábilmente aprovechada, formaba la estructura arcada. Sobre estas hojas se disponían los restantes elementos decorativos. Más sencilla aún resultaba la estructura de hojas de cocotero, sin más elementos, dispuesta a lo largo de una calle estrecha por donde habría de circular la Procesión. Tal disposición

formaba, de hecho, una serie de Arcos de extrema sencillez.

La máxima elaboración se encontró en San Andrés, en donde cinco de ocho Arcos exhibían la gran dedicación, esfuerzo e inversión material puestos en su confección. El maderamen fue totalmente cubierto con cientos de hojas de amate, imbricadas y fijadas de manera cuidadosa, constituyendo un cerrado forro verde que sólo era interrumpido a distancias estratégicas por un anillo cremoso de hojas tiernas de maguey.

Ya encima, el decorado constaba de los elementos vegetales característicos (frutas en particular). Sólo en San Andrés algunos Arcos tenían una flor inesperada, “patas de gallo” (bromeliácea, como los “gallitos”), cuya presencia en los hogares es común en las celebraciones de Noche Buena. En otras oportunidades le he reconocido a esta epífita una fuerte carga tradicional navideña. Si por esta vía se le incorpora a hechos culturales espirituales, no debe ser casualidad que se le traiga a los Arcos cuaresmales, tal como ocurre en los sanandresanos (confirmado *in situ* el 22/03/2008 por una informante anónima).

En Panajachel el forro tradicional es de pashte, “musgo blanco” o “barba de viejo”, otra bromeliácea epífita de intenso uso ritual y religioso. El pashte se recolecta en los bosques vecinos, donde crece sobre encinas de preferencia, aunque puede tener otros árboles como hospederos. Esta planta también va a los hogares y a los templos en las festividades de Noche Buena. Según don B. Raxtún ya es localmente escaso

por la destrucción de los bosques, lo cual hace que su precio en el mercado se eleve cada vez más. Consecuentemente ha principiado un proceso de sustitución por ramillas de ciprés.

En resumen: el conjunto de productos vegetales que adorna los Arcos sololatecos, para fines descriptivos puede ser organizado en tres series básicas: hojas, frutos y flores; ocasionalmente, si la naturaleza de las plantas lo exige, van completas. Las hojas son de palmeras en su mayoría: pacayas, palmillas y cocoteros. Otras hojas proceden de pinos, amates y del maguey. Las flores más tradicionales son corozo de olor, chilca, estacia y en menor porcentaje bouganvileas, collar de la reina, clavel, "cartucho" y "pata de gallo". También se agregan conos de pino ("chincuyas" según el habla regional).

Y entre los frutos característicos aparecen el "melocotón de olor" (cucurbitácea, sin parentesco con los duraznos), pataxte, cacao, cocos, piña, bananos, plátanos, mangos, zapotes, naranjas y mandarinas entre los comestibles. Entre los no comestibles hay coralillo (también llamado kuu'l o pacuché) y racimos de bayas de pacaya. En referencia a los comestibles, debe indicarse que no son éstos los únicos en la sacralización cuaresmal, pues la variedad puede depender de la región geográfica, de su existencia en los mercados y aún del precio. Muy ocasionalmente también se incluyen algunas verduras, que no tienen la preeminencia de las frutas. Esto parece apoyar la hipótesis que sostengo del obsequio simbólico de comida a Jesús, definitivamente más potente a través de la fruta.

Es importante señalar que, excepto algunos frutos de cultivo generalizado, como los cítricos y bananos, los restantes son "de costa"; es decir, de regiones de climas cálidos, tropicales. En el altiplano sololateco la expresión "la costa" designa a las tierras bajas de la planicie del océano Pacífico. Según don Víctor Manuel Anleu (n. 28.08.1947, artista en hierro, panajachelense de nacimiento, entrevista del 23.03.2008) "la gente hace viaje a Tiquisate a comprar la fruta". Esto es interesante, pues significa que una parte de la tradición de los Arcos es un peregrinaje cuyo objetivo no escapa al acatamiento consciente y deliberado por hacer de la fiesta una ofrenda espiritual.

Bien es verdad que este acto de verdadera fe no impide que algunas veces, sea por premura o por abaratar precios, la fruta se adquiera en los mercados populares locales. Esto aprovecha centenarias rutas comerciales, a través de las cuales se establecen relaciones mercantiles entre la costa y el altiplano para infinidad de productos, de los cuales la primera es un rico surtidor. En Semana Santa del año 2005, por ejemplo, el mercado popular de Panajachel vendió mazorcas de cacao que vinieron de cacaotales del departamento de Suchitepéquez. En comparación los pataxtes han sido más habituales en este mercado, provenientes de la misma zona.

Es común que no se utilicen clavos para fijar los elementos decorativos. La razón principal es que así se evita dañar la madera ("reliquia"), y también porque la estructura puede ser de metal, total o parcialmente. Se atan con pita en los paralelos, mientras que del travesaño se

cuelgan, y en este caso dependiendo del peso de la ofrenda también con pita o con lacitos más fuertes. Lo habitual es que sobre los parales se amarren las inflorescencias y las hojas de pacaya y las hojas de pino arregladas en "gusano"; hojas de palmilla, estaticias y espigas de corozo integradas en Ramos; espigas de corozo sueltas, así como flores de chilca, bouganvilea y cartuchos.

De los travesaños, además de que pueden tener estos mismos productos, se cuelgan pencas completas de corozo; esto es, la estructura floral entera que consta de una cubierta leñosa fuerte (la "canao") y cientos de espigas interiores. En realidad de ellos pende también la mayor parte de los frutos comestibles señalados, se disponen hilos de "gusano de pino" formando artísticas arcadas y, cuando se integran, patas de gallo. No hay un acuerdo tácito sobre qué debe ir en los parales y qué en el travesaño, pero cada dueño de Arco tiene y conserva su propia tradición.

En los últimos años se ha dado por iluminar los Arcos, cuando hay facilidades para ello, con bombillas incandescentes. Esto ocurre solo durante la noche, en particular si el cortejo procesional ha de pasar debajo en la oscuridad nocturna. Es, sin embargo, práctica no generalizada y, según se desprende de lo estudiado, no tradicional. De hecho solo fue observada en Panajachel, en Arcos construidos en el atrio de la iglesia que es por donde retorna el Santo Entierro y bien entrada la noche.

LO SIMBÓLICO EN LOS ARCOS SOLOLATECOS

Un tema apasionante es el de los simbolismos que subyacen a los elementos de la Naturaleza incorporados a los Arcos, en el tiempo de evocar la vida, pasión, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Su simbólico ofrecimiento es como sacarse el hombre las entrañas hechas espíritu para ponerlas a la honra del Señor, para celebrarle gloria con lo más preciado que su recogimiento religioso ha de suponer que puede agradarle: comidas, fragancias, flores, colores y productos de la tierra.

Todo es espontáneo. Lo que ha de incorporarse al gran festejo religioso es un acopio innato que desde siglos ha sido fijado por un comportamiento social heredado en igual tiempo de práctica espiritual. De ahí que desde las hojas de pacaya hasta las pencas de corozo tengan un lugar propio y una permanencia garantizada. Sus significados y simbolismos sobreviven en el subconsciente colectivo, y brotan, cual torrente identitario, en forma de costumbres y tradiciones de un pueblo que se vuelca a lo místico.

Los elementos decorativos, para discutir sus simbolismos, pueden reducirse a los ya señalados grupos esenciales: hojas, flores y frutos. Por su extracción es fácil identificar ciertas palmeras, árboles y plantas herbáceas ornamentales, ya se trate de especies silvestres, plantadas o cultivadas.



Un Arco típico de San Andrés Semetabaj. El estilo es diferente al de Panajachel. Compárese con el de D. Bernardo Raxtún. Foto L. Villar Anleu, 2008.

Simbolismos en las palmeras

Para los Arcos son particularmente cuatro las palmeras que se aprovechan: corozos, pacayas, palmillas y cocoteros. Los corozos son, por excelencia, el alma de la Semana Santa guatemalteca, que se expresa por intermedio de sus inflorescencias de aroma profundamente espiritual. De las segundas se integran hojas e infrutescencias, que son agrupaciones en racimo de pequeñas bayas oscuras. De las palmillas se obtienen hojas tiernas, que se aplican ya sea en forma de Ramos o bien directamente, tal cuales. De los cocoteros se emplean sus grandes hojas, a veces sus racimos florales y casi siempre sus frutos.

El significado que acarrear las palmas viene desde hace mucho tiempo. Su follaje radiado ha representado al Sol, en imagen que ha derivado en vigorosa carga espiritual. Por lo tanto se le asocia con la esfera elevada, de supramundo, con la luz y la claridad, lo brillante, con la pureza y el bien, con lo que nace y da vida. Para el cristianismo, además, expresan el advenimiento glorioso del Mesías.

Con la misa del Domingo de Ramos, y en conmemoración de la entrada de Jesús a Jerusalén, la tradición de las palmas de Semana Santa adquiere inusitada relevancia. En esa oportunidad, la Iglesia venera y distribuye a los fieles ramilletes confeccionados con hojas tiernas de palmilla, y flores de corozo y estaticia. Estos productos vegetales están profundamente arraigados en la celebración de Semana Santa. No es

inusual que algunos de estos Ramos lleguen al decorado de los Arcos.

En ese Domingo se retoman simbolismos contenidos en las palmeras. Y en ambiente festivo, de infinidad de olores, de colores florales y de vahos de incienso y otras resinas aromáticas, las hojas, que han sido cortadas la Semana de Dolores, se incorporan a la sacralización. A esta palma, indistintamente, se le llama palmilla, huano, guano, palmo, palmito o palma de sombrero. Corresponde a dos especies tan parecidas que sólo un ojo avezado es capaz de diferenciar: *Sabal guatemalensis* y *Sabal mexicana*.¹⁵

La tradición puede variar un poco en cuanto a la asociación de la palmilla y el corozo: o el Ramo mismo lleva las fragantes espigas de éste o las mismas no llegan a ser una parte constitutiva. Pero lo simbólico no sufre desmedro en ningún caso. Así, dos palmas que se han ganado un lugar en la esfera de la espiritualidad humana son llevadas con no oculta devoción a los hogares y a los Arcos.

En realidad debe hablarse de "corozos". Como ocurre con frecuencia cuando de nombres comunes se trata, hay al menos cuatro palmeras, emparentadas entre sí, a las que en Guatemala se llama corozo. Debido a ello aquí uso el calificativo "corozo de olor" como artilugio para lograr una separación semántica de la especie que nos interesa por Semana Santa. Las cuatro especies se agrupan dentro del género botánico *Attalea*. (El más popular entre los otros es el también llamado manaco, común en las tierras bajas del norte, de mucho aprecio para

techar viviendas rurales, por el cogollo comestible -se llama palmito- y por el aceite que produce y que resulta de gran utilidad; carece de las fragantes flores del cuaresmal y su nombre botánico aceptado es *Attalea cohune*, antes era *Orbygnia cohune*).

Hasta hace poco tiempo el corozo de olor crecía silvestre en todos los ambientes tropicales del país, siendo su área general de distribución la zona comprendida entre el sur de México y el extremo norte de Bolivia. En la actualidad es más abundante en la Planicie del Pacífico. Por suerte para los católicos de los núcleos densamente poblados del altiplano volcánico, esto ha representado una ventaja: por las condiciones ecológicas de la Planicie, las flores maduran para abrirse al empezar la primavera. Están, así, listas para cuando deben necesitarse según el calendario litúrgico. Por otro lado, la cercanía geográfica de la costa sur a tales núcleos de población, y la fácil comunicación entre ambas regiones, garantizan una provisión puntual y permanente de las preciadas flores.

De ocho a diez metros de alto y porte esbelto, una buena parte del contexto mágico del corozo estriba en el poder contenido en el aroma de las flores, capaz de despertar en los guatemaltecos evocaciones propias de la vida cuaresmal como las conmemora la Iglesia durante los ritos sagrados de Semana Santa. Su grato y penetrante olor ayuda a tender un subconsciente pero vigoroso puente entre lo sagrado y lo profano, para elevar a los creyentes a esferas de gran fervor, y para reafirmar la identidad espiritual de los Pueblos de Guatemala expresada en

las prácticas, costumbres y tradiciones propias de la temporada.¹³

Esta propiedad se engloba en aquella frase que, en admiración, expone la dificultad de saber si es el corozo quien huele a Semana Santa o ésta a corozo. Tan poderoso es el vínculo, tan mágico el ámbito sacro de esta hermosa palma, humilde pero señorial, que por siglos nos ha estado ligada en multitud de asuntos. Presente en la mesa (su "palmito" también es comestible), en las artesanías, en las viviendas y, por supuesto, en las creencias místicas y religiosas. También se le conoce por manaca, coquito, palmito, palmo, palma real y aún coyol. Los científicos la llaman ahora *Attalea butyraceae*, y pocos años atrás le llamaban *Scheelea preussii*.

Sus grandes hojas son apreciadas para techumbre de casas. Antes del advenimiento de la era plástica, servían para hacer aquellas recordadas capas artesanales conocidas como suyacales, que tan efectivas resultaban para protegerse de la lluvia. Lo que los plásticos no han desplazado totalmente son los "sopladores", otro producto artesanal de sus hojas. Y pequeños manojos de ellas se usan como desempolvadores y brochas. No solo la médula tierna es comestible, también algunas partes del fruto (de donde le viene el nombre de coquito). El fruto es rico en aceite, tanto que hubo época en que floreció la industria popular del "jabón vegetal" hecho a partir de él. Sobra decir que igualmente se le tiene en alta estima como ornamental.

Son las flores las sacralizadas. Se agrupan en inflorescencias en espiga, de entre

30 y poco más de 50 centímetros cada una, de flores femeninas y masculinas, protegidas por una estructura gruesa, fuerte, de naturaleza leñosa, color café y cerca de un metro y medio de longitud, que en lenguaje técnico se llama espata. Las espatas son las “canoas” que los niños tanto desean para usar en sus juegos. Los grupos de flores, color amarillo cremoso, producen grandes cantidades de mieles que las hacen pegajosas al tacto y emanan el inconfundible, potente y grato aroma que es a la Semana Santa lo que la fe a la espiritualidad de la temporada.

En cuanto a su presencia en los Arcos, es prematuro opinar del simbolismo individual que representa (aunque puede teorizarse como la forma de incorporar una palmera, que en tal carácter posee un significado preciso). Las flores, “el corozo” por antonomasia, ya pueden estar en un altar hogareño que en altar de iglesia, despenicarse en Alfombra o completar un Huerto o un anda, emplearse en una velación o en un cortejo procesional. Aunque a veces no se les vea, su olor es suficiente para saber de su presencia, y cuando eso ocurre ponen su indeleble impronta en el rito sacramental. Al traerlas al rito, el hombre está extrayendo del comportamiento subconsciente el deber impuesto a su conducta social de incorporar un elemento que se sabe sacro. Motivaciones suficientes para hacer que se le lleve emotivamente a casa luego de misa el Domingo de Ramos, o que haya manifiesta afección por sus pencas cuando a los pueblos entran los camiones procedentes de la costa cargados con ellas.

De esa naturaleza es su asociación con los Arcos: en ellos se hacen pender espigas de corozo, Ramos con corozo o pencas de corozo. (En el habla popular el término penca se aplica a la totalidad del órgano, a los cientos de inflorescencias contenidas en su espata. También hay pencas en Alfombras, Huertos, andas y hogares).

La elevada espiritualidad en la que el corozo de olor define ritos sacros es un rasgo del mundo mágico del que forma parte. Mundo ajeno a las explicaciones lógicas, mundo sólo comprensible cuando al encanto de la Naturaleza se suma el culto a la divinidad. Vida, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo evocadas en un aroma, dulzura de un nivel de supramundo alcanzable con la ayuda de un vegetal encarnado en espiritualidad humana, noble palmera que cede su esencia para gloria de las tradiciones sacras guatemaltecas. En un mundo que va de lo mágico a lo espiritual, el corozo es una verdadera bendición en la Naturaleza y en la sociedad.

Los cocoteros también se han integrado a la iconología de Semana Santa, y lo hacen a través de hojas y frutos. Las primeras, grandes, son de suave curvatura natural que les provoca forma de sutil arcada. Esto se aprovecha en San Antonio Palopó para construir arcos que, en su sencillez, rememoran con ejemplar intensidad el adorno que debió haberse compuesto para la triunfal entrada de Jesús a Jerusalén en los tiempos bíblicos. Los de San Antonio son los arcos más “primitivos” en Sololá, pero recrean con gran realismo el pasaje del Nuevo Testamento que menciona el uso de

palmeras para halagar al Mesías. Sin duda, por haber sucedido en ambientes semidesérticos en los que las palmeras son comunes (y recursos a la mano del hombre) se entiende la razón de su empleo, ¿pero ahora? ¿hay simbolismo en la recreación del pasaje y del paisaje?

En los Arcos también abundan los frutos de los cocoteros, los populares cocos. Vale decir que su presencia es significativa en los cuatro iconos cuaresmales de que hablo, y sin duda con el mismo significado. Son comunes en los Arcos, y lo simbólico es dual: no sólo son parte de una palma, y el significado que ello conlleva según se ha dicho, sino que también por su calidad de fruto comestible, de comida, importante significación que un poco adelante he de explicar con mejor detalle.

Por otra parte, la incorporación de hojas y frutos de pacaya a las celebraciones también debe rastrearse de muy atrás. ¿Por qué se emplean sus hojas como “adorno”? ¿y sus frutos? ¿por costumbre? ¿cuál es su simbolismo?. No se olvide que las pacayas también son palmeras, y que como sucede con los cocoteros, son dos productos los que ceden para la ocasión. Ya he dicho¹⁴ que cuando el hombre prehispánico se imbuía en protocolos sacralizados, incorporaba elementos de la Naturaleza al tiempo, al espacio y a la ocasión. En uno de ellos se “adornaban” sitios ceremoniales con especies florísticas de elevada significación ritual: hojas de pino, hojas de pacaya, ramillas de liquidámbar, ramillas de ciprés, ramillas de muj (una encina), ramillas de abeto (pinabete) y flores silvestres.

En parte es esta herencia cultural, ahora sincretizada, la que le da inmanencia a las hojas de pacaya, sincretismo de doble vía que mantiene vigente su uso en festividades religiosas. Parte de la tradición utilitaria es fijarlas en X sobre las superficies adecuadas, como los paralelos en los Arcos. Pero empiezan a ocurrir cambios negativos que afectan el universo de las tradiciones y costumbres populares, y de esa cuenta la incorporación de hojas de pacaya comienza a perderse. Dos son los factores causales, según don B. Raxtún: 1/ las sequías cada vez más frecuentes e intensas, que diezman la población, y, 2/ el protestantismo fundamentalista.

Por el segundo factor resulta que muchos conversos al evangelismo protestante son, a la vez, propietarios o celadores a sueldo de las tierras en donde crecen las palmas de pacaya. Y su obcecación fundamentalista los lleva a negarlas porque “son para actos de los católicos”. De esa cuenta, los Arcos sololatecos, en 2008, tuvieron escasísimas (o ninguna) hoja de pacaya. Este radicalismo dogmático, ni siquiera entendido por quienes lo siguen, significa la pérdida de una cosmovisión, de una tradición, de una identidad de Nación. Tal negación es resultado de la estulticia de protestantes radicales, que al pretender castigar al catolicismo limitándole elementos propios del hecho religioso cuaresmal, reniegan de una identidad popular centenaria y borran de la cultura nacional algunas de las tradiciones más significativas. (nota del autor: son conclusiones de trabajo de campo y, por tanto, representan una realidad contemporánea, al menos en el área de estudio).



Detalle de paral en un Arco de Panajachel. El forro es de paxte y los frutos de palmeras: coco y pacaya. Foto L. Villar Anleu, 2008.

Simbolismos en los frutos

En la cosmogonía prehispánica guatemalteca, la Naturaleza tiene espíritu, cada uno de los elementos de la Naturaleza, animados o inanimados, tiene espíritu. Cada uno de los dioses que rigen el Universo tiene espíritu.

¿Cómo congraciarse el espíritu del hombre con los otros espíritus? Uno de los medios más poderosos fue, en los primeros tiempos y sigue siéndolo ahora, la comida. A todos los espíritus, a lo inmaterial de todo cuanto existe se le prepara, ofrece y da alimentos, porque la comida agrada a los seres que se mueven en el cosmos espiritual. La cosmogonía k'iche' señala como fundamento y principio de su religión la existencia de una divinidad, Uk'u'x Kaj Uk'u'x Ulew, Corazón del Cielo y de la Tierra, presente en cada uno de los elementos de la Naturaleza, y por eso todo cuanto existe en ella y en el Universo es sagrado. Pues a Uk'u'x Kaj Uk'u'x Ulew le gusta comer de los mismos alimentos que Tzuul Tak'a'.

A la par de obsequiar comida a las divinidades, los hombres también deben comer para agradecerlas, a ellas y a los demás espíritus del Cosmos. De esa cuenta, comidas y bebidas salidas de la cocina popular y que bajo otra óptica podrían verse cotidianas, la espiritualidad transforma en ceremoniales, rodea de rígidos códigos rituales y los alimentos y platillos adquieren carácter de sacralizados. El cacao y el maíz son los de mayor jerarquía sacramental¹⁴. Pero también el pataxte, el zapote, el pacuché, las chincuyas, etc. Entonces, en la cocina

sacra la cuestión trasciende lo puramente material para incrustarse en la esfera espiritual. La comida se convierte en uno de los mayores vínculos para forjar la alianza entre el hombre profano y el mundo sagrado.

Al sustituir a Corazón del Cielo y de la Tierra, o a Señor Cerro Señor Valle, por una divinidad judeocristiana, el guatemalteco católico sólo está aglutinando dos herencias culturales para expresar su religiosidad según las identidades que éstas, por separado, han aportado al sincretismo. Por eso al buen Jesús se le honra con lo mejor de la tierra, se le ofrecen los frutos más delicados, algunos de los cuales, como el cacao y el pataxte acarrear un significado sociocultural de portentosa trascendencia.

No es casualidad que al darle nombre científico al cacao, Carlos Linneo recogiera la designación de "alimento de los dioses" que se le reconocía. Latinizado, el género que le creó, *Theobroma*, significa justamente eso (gr. *Theos* = dios; *bromus* = comida, alimento). Vale decir que el pataxte, al que algunos califican de "cacao de segunda", pertenece al mismo género botánico, y como bebida o sucedáneo parcial del chocolate, en lo ritual alcanza una posición muy elevada. Sólo el corozo disputa la significación tan elevada a estos dos frutos en los Arcos.

Lo del cacao es una valoración de enorme antigüedad. En escritura jeroglífica maya, en figuras grabadas en piedra, pictografía en vasos y murales y evidencia en cerámica, se aprecia su arcaica relación

con el guatemalteco. Primero comido como fruto, luego se descubrió un complicado proceso de tratamiento de la semilla que lo convertiría en chocolate. Como tal, su consumo inicial fue prerrogativa de gobernantes, sacerdotes, nobles y guerreros. La exclusividad del uso como bebida revestía caracteres propios de un ritual, sublimado en los asuntos divinos.

En el proceso para preparar chocolate se fermentan, secan, tuestan, descascaran y muelen las semillas. La fermentación quita la pulpa e inicia cambios químicos que bajan la cantidad de sustancias astringentes; secar al sol y tostar en comal continúa los cambios, y al molerlas alcanzan tantos como para poder hacer chocolate. También se preparan varios tipos de "batido", mezclas de maíz y cacao que a veces se aromatizan con flor de árbol de orejuela. Como con el chocolate cuando se hace ceremonial, se sirven en ocasiones solemnes o de mucha trascendencia para la sociedad. El pataxte, profundamente parecido y de hecho un pariente muy cercano del cacao, suele tratarse de manera equivalente para preparar batidos y sustitutos del chocolate.

Me he detenido un tanto porque lo que deseo remarcar en estas notas es el carácter glorificado, ceremonial, religioso y mágico que rodea a estos dos frutos, que por ello fueron de gran aprecio entre la gente prehispánica. Se colige que ocuparon sitios de alta estima y tal vez hasta cierto grado de veneración. Son, de esa cuenta, uno de los mejores obsequios que se pueda hacer a la divinidad.

Al principio, según se desprende del criterio de los entrevistados, la selección de los otros frutos se hizo por su resistencia a la intemperie, en particular al intenso sol de la época. Poco a poco se irían haciendo "tradicionales" y como tales deberían ser los que se pongan en los Arcos. El melocotón de olor, que a pesar de ser muy jugoso y dulce (y es materia prima en dulcería popular), se consume poco pero es un elemento clásico de los cuatro iconos cuaresmales. Además de su resistencia a condiciones de clima rudo, parece ser que su color, rojo, provee simbolismos visuales en los Arcos. La costumbre ya ha fijado como obligatorios a los cocos y a las bayas de pacaya (la incorporación de las palmeras) así como a los coralillos.

Yo mantengo la hipótesis de que los frutos incorporados, que conforman un conjunto bien definido, representan, en un ambiente sincretizado, obsequio de comida del hombre a la divinidad, en este caso particular encarnada en Jesucristo. Y también propongo que de este hecho, de compartirla con el Cristo, nace una costumbre arraigada y de gran nobleza popular: en ocasiones ceremoniales y festivas, la gente ha llevado a tradición obsequiarse platillos de su cocina; por ejemplo, un canasto con pan de recado, miel y garbanzos en miel en Semana Santa (o "una probadita de pescado seco"), tamales en Nochebuena o güisquiles cocidos en el Día de los Santos.

De ser legítima tal interpretación, el sincretismo religioso expuesto en los Arcos es de raíces muy antiguas.

Simbolismos en las flores

Las flores, con toda la potencia simbólica que han cargado para la humanidad, tienen también lugar de gran preeminencia en los Arcos (y en los otros tres iconos, tanto como en ocasiones de solemnidad profana o de fiesta socio-espiritual). Se señala que tienen la facultad de despertar sensaciones mágico-religiosas, lo que las convierte en medios de evocación de sentimientos muy profundos. Así, se constituyen en preciosas ofrendas para la divinidad. Además, proveen texturas, colores y olores exclusivos.

A través de sus colores y olores, las flores cuaresmales traen al ámbito de la realidad el mundo simbólico que se vive en hechos sacro-profanos del catolicismo de la época. Como series de expresiones y manifestaciones que vinculan lo popular con lo sagrado, conducen a la dimensión mágico-religiosa que crea el ser humano a la manera de un "comportamiento básico fundado en una concepción del mundo según la cual objetos y sucesos que son entendidos como manifestaciones adquieren la forma de acción gráfica y de culto".¹

Mediante la estimulación de muy hondos sentimientos humanos, adquieren carácter de ofrenda en rituales físicos que, para la religiosidad, representan y dan un mensaje, expresan una devoción, encarnan una entrega. En el universo de los símbolos, sus formas, colores y olores son elementos que despiertan en el hombre sensaciones de su propia naturaleza, y los ha empleado para expresar sus creencias. Un sólido eslabón en la dualidad religión - simbolismo son

los olores y colores florales, que acarrearán efluvios y matices que hablan. Cada color incorpora un compendio de códigos que expresa algo, que refleja un impacto inmediato en nuestras emociones, que posee el poder de estimular y alegrar.¹¹

En el dominio de la espiritualidad sensorial, los olores se hacen parte de la pasión religiosa. Todo olor se relaciona con el momento místico que se vive y así puede dar fortaleza a cultos convincentes y asequibles a la sensibilidad de los creyentes¹¹. Por eso se incorporan a los rasgos culturales, dan identidad, expresan y comunican el lenguaje disuelto en la mente humana que conforma parte del imaginario espiritual de un pueblo y que exterioriza la realidad objetiva de la vida religiosa provocada por una tradición.

A la larga, con suficientes motivos para incorporar religiosamente las flores a los Arcos y así buscar la comunicación con el mundo sacro, resulta que lo que parece ser no más que una forma auténtica de arte popular, es una ofrenda erigida sobre creencias que el saber del pueblo recrea y que nacen en una forma sincrética.

¿Por qué unas flores sí y otras no? Como en el caso de los frutos, el hecho que los Arcos se levanten en el exterior de los templos debió haber obligado a que las flores se seleccionasen por su capacidad para resistir la insolación. De ahí que una motivación inicial para escogerlas debió haber sido, con pocas dudas, su resistencia a la intemperie sin entrar en marchitez. Con seguridad esta condición se combinó con el simbolismo de lo cromático. Los colores predominantes son amarillo, rojo y morado y sus muy

variados matices, así como blanco. ¿Qué significantes aparecen aquí?. El amarillo simboliza la alegría, el contento, la satisfacción; el rojo es símbolo de amor y pasión; el morado porta sentimientos de calma, dignidad, aristocracia y es el color más emblemático de Semana Santa por un especial significado religioso; el anaranjado es símbolo de entusiasmo. El blanco se asocia con pureza e inocencia.

Un tercer motivo quizá se relacione con el origen de las flores... ¿el corozo se trajo a la celebración porque procede de una palmera? Es plausible que así haya sido al principio, lo cual tal vez explique también la incorporación de las infrutescencias de pacaya (los frutos son pequeñas bayas de color verde musgo muy oscuro, y se disponen sobre un eje de color entre rojo y anaranjado; forman una estructura tan llamativa como una flor compleja).

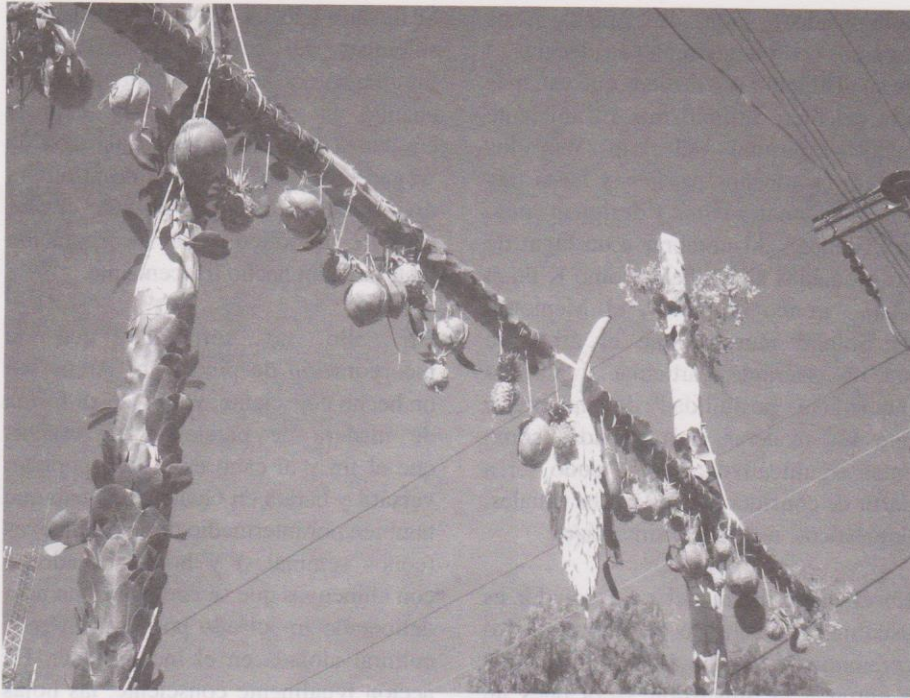
Pero hay algo más: Semana Santa es una celebración movable. Su fijación anual en el calendario depende de la primera luna llena de primavera. Así, todo el ciclo cuaresmal resulta ajustado a las fases lunares de la época. Es un detalle significativo para hablar del por qué algunas de las flores de ofrenda son, también, propias de la estación. A esta condición corresponden la chilca y el corozo, que son especies silvestres. Resulta muy revelador que a la índole silvestre se asocien aromas muy intensos.

Si bien fue una serie de propiedades la que llevó a seleccionar a algunas y no a otras, las que fueron preferidas o elegidas obtuvieron al final naturaleza

de tradicionales. Como tales, ahora son las que deben ir en los Arcos. Entre ellas se cuentan las espigas de corozo, las doradas ramillas de chilca, estaticias (casi siempre en Ramos), ramillas de bouganvileas, ramillas de collar de la reina, claveles, "cartuchos" y ocasionalmente gravilea y "pata de gallo". Se mencionan en este apartado las chincuyas de pino por ser estructuras reproductivas, aunque en rigor botánico no sean flores propiamente.

El corozo, ya lo dijimos, es la Semana Santa por antonomasia. Su olor, penetrante e inigualable, inunda la atmósfera de Guatemala, Sololá no le va a la saga, y pregona a los cuatro vientos la magnificencia de la Cuaresma local. Exuda el aroma propio de las mieles que destila, y así su grato efluvio impregna el espíritu con el olor de una tórrida sabana que se ha volcado para adorar y adornar a Cristo.

Con infinita más humildad, por ser poco conocida fuera de los ámbitos de montaña, la flor de chilca tiene lo suyo en este mágico contexto. Las pequeñas estructuras florales, del color del oro, exhalan una fragancia dulce y delicada que no puede gozarse más que durante Semana Santa: la floración es estrictamente primaveral, en sincronía con el inicio del sobrecogedor rito pascual. De crecimiento espontáneo, en los pueblos de Sololá se le tolera en solares caseros, y sus flores para los rituales resultan poco menos que veneradas. La conducta de usarlas en el ritual impone la volitiva obligatoriedad de ir por ellas al campo, a cuyo paisaje imprimen con intensidad la mística alegría espiritual de la época.



Detalle de Arco en San Andrés Semetabaj. Nótese el imbricado de hojas, la aplicación de maguey y la abundancia de frutos.
Foto L. Villar Anleu, 2008.

Simbolismos en las hojas

Lo verde simboliza la esperanza. Representa la fe, denota creer en algo, o talvez en alguien. Expresa descanso, juventud y equilibrio. Todo ello es nobleza: la esperanza de un futuro bueno y agradable; la fe tal cual se expone en la religiosidad; la creencia en la sobrenaturalidad que se asocia al mundo natural y en la que la divinidad ocupa el centro indisputable; la juventud pesa en el consciente de por qué Jesucristo debió morir sin haber alcanzado una edad que le permitiera ir más allá (lo doloroso de la pasión y la muerte, pero en el fondo la gloria de la resurrección); equilibrio,

desde la esfera profana se sublima el mundo sagrado.

Y he allí el verde follaje que va a los Arcos. Y como un malabarismo de simbolismos, en la procedencia de las hojas también pueden verse atisbos de significantes asociados. Reforzamientos simbólicos en las hojas de pacaya, cocotero, palmilla, pino, amate y maguey. Las más frecuentes en los Arcos sololatecos.

Habiendo hablado *in extensis* de las primeras tres, vamos a las otras. El pino, para empezar. Si, nuevamente, buscamos la relación de los pueblos

prehispánicos con los pinos, nos topamos con innumerables evidencias^{3, 4} de su distinción por razones que van más allá del mero utilitarismo. El ambiente mágico-espiritual del Pop Wuj los integra en muchos pasajes, y hasta hay uno que llaman *zakitok* y designan “pino de Xibalbá”. Al nombrar a un lugar de las montañas kaqchikeles como K’utam Chaj, “tronco de pino”, el Memorial de Sololá² muestra que el árbol ya era un referente particular y abre la inquietante posibilidad de interpretar que sus maderas eran tomadas como entes significativos, lo que pudo ser a partir de consideraciones y usos rituales, domésticos, mágicos o simbólicos.

En el juego-danza del palo volador es usualmente un tronco de pino el centro ceremonial⁹, como árbol que ayuda a entrar a la dimensión sacra pues un vínculo con los dioses se facilita por intermedio de un ser que se eleva al cielo, que brota de la tierra que nos sostiene pero que sube a las esferas sacras y así se diviniza; se ancla y nutre en el suelo pero busca la inmensidad etérea mediante un tronco vigoroso y vertical. El vigor y la verticalidad son elementos de elevado simbolismo.¹⁵

Y, como en el caso de otros elementos olorosos, si la espiritualidad tiene aroma, el simbolismo acarreado por las hojas de pino despierta esferas inconscientes. Sus olores evocan elevadas dimensiones celestiales. Entonces resultan a la espiritualidad lo que sus árboles a la gente. Casi con adoración se riegan en mesabales y adoratorios cuando el sincretismo entre lo maya y las tradiciones judeocristianas busca los estados sacros.

Se llevan a iglesias católicas en ocasiones solemnes del calendario cristiano o familiar. A cofradías o a patios de casas cuando la espiritualidad se expresa en danza popular tradicional. Con la “regada de pino”, a modo de alfombra divinizada, se consigue no sólo el olor sino lo simbólico y su incorporación material a un hecho trascendente.

Por ello no sorprende que la incorporación de pino a los Arcos sea un hecho consciente, y no solo en forma de madera de parales y travesaños, que al fin y al cabo es la más popular, versátil y barata en Guatemala, sino que también por intermedio de sus chincuyas (conos seminales) y hojas. El adorno con chincuyas que se cuelgan es un acto deliberado impulsado por una herencia cultural alojada en el inconsciente. En acción igualmente consciente, las hojas van en esos peculiares arreglos de intenso uso tradicional denominados “gusanos”, que representan el genial chispazo de un anónimo artesano de la antigüedad que de esa manera logró elevarlas a un sitial físico y figurado de propiedad sacra por derecho propio.

Las hojas de amate, en los Arcos de San Andrés, son un buen ejemplo de cómo se incorporan especies que disponen de distintos significantes. En tiempos prehispanicos empezó la epopeya del amate de integrarse a la historia cultural material de Guatemala. Nuestros antepasados descubrieron que, con cierto tratamiento, la corteza podía servir para trazar figuras sobre ella. Esto la convirtió en el equivalente ancestral del papel. Las láminas de corteza de amate llegaron a ser el medio en el que los mayas

pretéritos grabaron relatos y la narración de acontecimientos importantes. Serían los primeros libros hechos en el país.

En la tradición oral popular más reciente, bajo las copas de los amates, en particular durante las noches más oscuras, se guarece el diablo. Ocasiones hay en las que cede su refugio a otros personajes mágicos, en particular al duende, a la siguanaba y a los bultos¹⁰. Así, estos árboles de prominentes contrafuertes en la base y dilatadas ramas que a veces llegan al suelo, forman guaridas sobrenaturales. La imaginación hace que el miedo circule por la negra sombra de la copa, proclive a las evocaciones saturadas de misterio. Mas esto no es demoníaco, es cultural, y conduce a personalizar un árbol que como tal se suma a la esencia intangible del pueblo.

Tanto así que hasta hace poco no fue infrecuente toparse con mercados populares a la sombra de amates. Vencida por la iluminación solar la presencia de los aparecidos, y metida la bulla de los comerciantes dentro de su casa, nos queda de ese mundo mágico la literatura oral en sus infinitas variantes pueblerinas y la pomposa riqueza que de ella hacen las grandes ciudades (la Nueva Guatemala de la Asunción es en eso muy rica) en que aquellos seres fantásticos protagonizan papeles importantes junto a los amates. Por esto y más, en ellos hay claros referentes de identidad entre el pueblo guatemalteco y sus árboles.

Habremos de sumar ahora la particularidad de forrar con sus hojas los Arcos de San Andrés. Informantes anónimos (no quisieron declarar sus nombres;

entrevistas *in situ* el 22.03.2008, Sábado de Gloria), expresaron que “se usan hojas de amate porque este árbol es muy especial”. Sin poder ir ellos más allá de este juicio, me conformo con suponer que, dada su carga histórico-cultural, se le reconocen suficientes atributos y cualidades como para merecer ofrecerse a Jesucristo en calidad de ofrenda.

Por ahora no puedo decir mucho de los magueyes sololotecos, que de ello falta información y estudios. Son especies de la flora silvestre propias de los ecosistemas arbóreos de montaña, que crecen en los sotobosques. Pertenecen al género botánico *Agave*. Pero es apropiado decir que han estado vinculados al hombre desde épocas muy remotas, integrados a rituales de fuerte carga espiritual: eran espinas de maguey las que se empleaban para los autosacrificios, con los cuales se obtenía sangre de la lengua, orejas, piernas y órganos sexuales⁵ para ofrendarse a los dioses.

También se sabe que los antiguos mayas cultivaban agaves para obtener diversos productos, tales como aguamiel, jarabe, bebidas fermentadas y fibra. Esta última, que hasta hace poco se denominaba “pita floja”, es larga y fuerte. El modo de producirla y transformarla en pita, lazos de distintos gruesos, artículos utilitarios y ornamentales y aún textiles implica complejas secuencias artesanales. Se señala al jarabe como uno de los edulcorantes prehispánicos⁶. Y no puede dejar de decirse que, justo para Semana Santa, una preparación de la cocina kaqchikel (sincretizada) es la carnosa hoja cocida con panela. Su nombre es Sak Ki'iy' pa' ka'p y se vende en trozos

en el mercado popular de Sololá entre el Domingo de Ramos y Sábado de Gloria. Esta forma culinaria, que necesita ser estudiada seriamente, es una atractiva

posibilidad para vincular al maguey-alimento a los elementos de simbología alimento-obsequio en los Arcos, tal cual sucede en San Andrés Semetabaj.



D. Bernardo Raxtún, Hacedor de Arcos en Panajachel. En su casa de habitación el Sábado de Gloria de 2008. Foto L. Villar Anleu, 2008.

CONCLUSIÓN

- En tres pueblos estudiados en 2008, en el departamento de Sololá, los Arcos no son un elemento puramente decorativo de la religiosidad popular de Semana Santa. Son parte de un mensaje de los hombres a la divinidad. Como tal, sus elementos cumplen función de códigos semióticos hondamente arraigados en el subconsciente colectivo.
- Se les asigna carácter de “ofrendas que se dan al Señor”. Su ofrecimiento se basa en dos compromisos fundamentales: 1/ agradar a la divinidad y con ello obtener sus bendiciones y protección, y, 2/ honrar la memoria de los antepasados de quienes los construyen, siguiendo la tradición de levantarlos como ellos lo hacían.
- La construcción de un Arco es un compromiso personal, heredado y heredable, en el que el individuo que lo adquiere se convierte en “dueño” y, por extensión, depositario de la tradición. Muy raramente son construidos por asociaciones, hermandades o cofradías, en compromiso compartido.
- Los Arcos de Semana Santa, tal cual los del departamento de Sololá, son iconos religiosos sincréticos. El motivo lo provee la fe católica (aportada a través de España) en tanto que su concepción y lo más profundo de lo simbólico en los elementos integrados son aportaciones del mundo prehispánico.
- Los productos vegetales que forman parte de los Arcos constituyen un conjunto de elementos característicos de ellos. Todos poseen simbolismos que el imaginario colectivo maneja hacia el objetivo primordial de obsequiar apropiadamente al Señor.
- A través de los frutos se ofrece simbólicamente comida, una acción clave para agradar a la divinidad, compartir con ella los alimentos del hombre y vincular lo profano a lo sagrado.
- Las flores, por despertar sensaciones mágico-religiosas, constituyen medios de evocación de sentimientos muy profundos y por eso se vuelven preciosas ofrendas para la divinidad.
- Las hojas poseen el color verde que simboliza fe y esperanza, y también tienen significados particulares de acuerdo a la planta de que provienen: palmeras, de gran carga espiritual, árboles mágicos o sacralizados por otras vías, como pino y amate.
- Por conformar estructuras de glorificación al Señor, la reglas con que se construyen los Arcos adquieren carácter de reliquias.
- La construcción de Arcos es una tradición de religiosidad popular que puede estar en peligro de extinción por varias causas, en especial por: 1/ elevación de los precios de sus insumos, 2/ cambio de creencias religiosas, 3/ emigración de los constructores, 4/ creciente influencia del protestantismo fundamentalista.

REFERENCIAS

1. ÁLVAREZ DE LUNA, A. y J. ANTONIO (eds.). 1986. **Diccionario de antropología cultural**. Ediciones Rioduero, Editorial Católica. Madrid.
2. ANÓNIMO, s.f. **Memorial de Sololá (Anales de los cakchiqueles)**. Versión de A. Recinos. 1980, 1ª reimp., introd. y notas de A. Recinos. Fondo de Cultura Económica, México. p1-207.
3. ANÓNIMO, s.f. **Popol-Vuh. Las antiguas historias del Quiché**. Versión de A. Recinos. 1998. Piedra Santa, Guatemala. 270p.
4. ANÓNIMO, s.f. **Popol Vuh: el Libro Sagrado**. Versión de Ch. E. Brasseur de Bourbourg. 1972. Universitaria, Col. Creación Literaria, N°1, Guatemala. 480p.
5. ÁVILA ALDAPA, R. M. 2002. **Los pueblos mesoamericanos**. Instituto Politécnico Nacional, México, DF. 328p.
6. COE, S. D. y M. D. COE. 1999. **La verdadera historia del chocolate**. Trad. M. A. Pulido Rull. Fondo de Cultura Económica, México. 396p.
7. ESTRADAMONROY, A. 1990. **Vida esotérica Maya-K'ekchi**. Col. Obra Varia No 3, Ministerio de Cultura y Deportes, Guatemala. 374p.
8. ESTRADA MONROY, A. 1979. **El mundo K'ekchi' de la Vera-Paz**. Editorial del Ejército, Guatemala. 388p.
9. GARCÍA ESCOBAR, C. R. 1989. **El palo volador**. En: Centro de Estudios Folkloricos, Tradiciones de Guatemala, **32**:127-140.
10. LARA FIGUEROA, C. A. 2004. **Leyendas Populares de Aparecidos y Ánimas en Pena en Guatemala**. Artemis Edinter, Guatemala. 218p.
11. VÁSQUEZ GONZÁLEZ, G. A. y L. VILLAR ANLEU. 2004. **Cuaresma y Semana Santa en Guatemala: simbología en flores, colores y olores**. En: Centro de Estudios Folkloricos, Universidad de San Carlos, Revista Tradiciones de Guatemala **61**:101-104.
12. VILLAR ANLEU, L. 2008. **Naturaleza y tradiciones en el arte popular cuaresmal de Guatemala**. En: C. A. Lara Figueroa (ed.). Suplemento Semana Santa: "Un legado de espiritualidad, arte y tradición", Diario La Hora, Guatemala, 19 de marzo. p10-11.
13. VILLAR ANLEU, L. 2006. **El corozo: olor mágico y espiritual de la Semana Santa guatemalteca**. En: C. A. Lara Figueroa (ed.). Suplemento especial: "Magnificencia en la Semana Santa guatemalteca: un legado histórico", Diario La Hora, Guatemala, 12 de abril. p8-9.

14. VILLAR ANLEU, L. 2006.
Tradiciones de Nochebuena: fusión de culturas. En: C. A. Lara Figueroa (ed.). Suplemento Especial de Navidad: "Arte, ternura y tradiciones", Diario La Hora, Guatemala, 22 de diciembre. p6-7.
15. VILLAR ANLÉU, L. 2005.
Guatemala, tierra de árboles... mágicos y sagrados. En: Centro de Estudios Folklóricos, Universidad de San Carlos, Revista Tradiciones de Guatemala **64**:211-250.